

**Alexandre Cirici-Pellicer: «Subirachs», *Cataluña Expres*, 1962, p. 7**

La exposición de escultura de Josep María Subirachs ha venido a plantar un nuevo mojón muy significativo en el camino evolutivo de este joven plástico que hace el papel de primera figura de la escultura catalana contemporánea.

El que ya todo el país conoce a través de sus monumentos en la vía pública, el autor del monumento de la Vall d'Hebrón, del Homenaje a la Barceloneta, del gran relieve frontal de la nueva Facultad de Derecho, como del altar y el Crucifijo de los Hogares Mundet, nos aparece ahora como un escultor completísimo capaz de proponerse una infinidad de problemas dentro de la actitud siempre extraordinariamente ambiciosa, imbuida de un espíritu de grandeza que hace mucha falta a esta tierra y que pocos han sentido como él. En este sentido quizá sólo podríamos compararlo con Gaudí.

Subirachs lo tiene todo para llegar a ser, como logró ser Gaudí, un centro de atracción del fervor popular, un hombre que da al pueblo unos símbolos y le obliga a adherirse a ellos. Gaudí logró realizar en su «poema de piedra» los ideales de la Cataluña del 1900, en todo lo que tenían de positivo y de negativo, de maravillosa dinámica y de sueños de evasión, de voluntad constructiva y de excesivo amor a los sueños.

Subirachs puede encunar ahora los nuevos datos de la conciencia ciudadana por su poder de gritar, su fascinante teatralidad, su énfasis lleno de auténtica pasión, que le otorga un impresionante estilo profético.

Subirachs se plantea toda la problemática de esta comunidad humana en su obra. Están la lucha individual y colectiva, el destino del hombre, con la muerte en su meta, y el destino de la sociedad, con la vida en el fin, están la técnica con la necesidad y el pensamiento con la voluntad, los problemas del trabajo y los problemas del sentimiento, una necesidad de comprender y otra de amar, al lado de la indeclinable necesidad de hacer.

La lucha individual aparece a través de la vida de las formas. De su sentido procesal, concebido como entes únicos, marcados, muy estigmatizados, por sus vicisitudes, la huella de los factores externos y de la degradación interna que todo lo corroe. En aquella forma pensada y delineada, después vista y pintada, luego nacida y plena, más tarde progresivamente devastada, están la vida y la muerte y la historia toda de cada cual.

Lo colectivo se expresa en las relaciones entre posibilidad y coacción, en la masa que resiste y el tensor que aprisiona, en la dualidad de lo que condiciona y de lo que triunfa de la condición.

La vida de la técnica y del trabajo se halla elevada a la categoría de lo superior a través de la espléndida, luminosa serie de experiencias sobre cuñas, palancas, atenzamientos, sujeciones, apuntalamientos, juegos ingeniosos de contrabalances, de positivo y negativo, llevado a cabo con precisión intelectual.

La necesidad de comprender se manifiesta en la lógica soberana de las estructuras o de sus facciones, en la comedia misma de los brazos que se deforman por unas ataduras de las masas que se acoplan, se adaptan, se ordenan, jugando siempre con articulada limpidez, con la claridad del juego limpio.

La necesidad de amar da color a las obras. Recurre a los artificios barrocos, a las pastas, los estofados, las pátinas, las veladuras, las degradaciones, los estigmas, como si quisiera y lograra expresar la sangre y los golpes, la acción y la pasión, el placer y el dolor en una escenografía de viejo altar seiscentista.

Tras un siglo de estatuaria sin sombrero, de figuras que terminaron con pequeñas cabezas despojadas de irradiación, algunas de las grandes figuras que ahora ha creado Subirachs nos aparecen ensombreradas, con elementos en lo alto, a modo de coronas o de penacho, emblemas de irradiación como las pesadas coronas hinchadas o las aureolas extraordinarias que la imaginería barroca tuvo necesidad de hacer para materializar su voluntad de dotar las cabezas de un poder explosivo, de una facultad de acción a distancia, en la gran voluntad persuasiva de poner las imágenes escultóricas como punto, no sólo de irradiación, sino asimismo, en contrapartida, de fomento de cohesión colectiva.